

ANTE EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO (1898-1998)

VICENTE COBREROS URANGA

Rafa Bandrés

Artista y profesor,
fue un hombre abierto a todos y a todo.

El 31 de mayo del próximo año 1998 se cumple el centenario del nacimiento del gran pintor y aguafortista Vicente Cobrerós Uranga, que falleció en San Sebastián, donde residía desde hacía muchos años, el 15 de setiembre de 1976, a los 78 años.

Llevados de nuestros impulsos localistas, muy lógicos en nuestra forma de ser, al comentar sobre su figura y origen estando dando la noticia de su fallecimiento, por esos días del 15, 16 y 17 de setiembre del 76, sin titubeos de ninguna clase, por nuestra parte, nos lo posesionamos, con orgullo incontenible, como renteriano tanto a través de la radio como en la prensa diaria, algo que hizo reaccionar a otro gran artista tolosano, el insigne pintor Gregorio Hombrados Oñativia, diciendo que de renteriano nada, que Vicente Cobrerós Uranga nació en Tolosa y, como buenos artistas, ambos se admiraban mutuamente, se conocían muy bien y, con más orgullo localista que el nuestro, amplió la ascendencia tolosarra de Cobrerós y nos hizo, en una nota publicada en la prensa, su historial, el de Cobrerós, artístico profesional con la siguiente, sencilla y abrumadora razón a su favor:

"Don Vicente Cobrerós Uranga, pintor y aguafortista nació en Tolosa el 31 de mayo de 1898 figurando entre sus antepasados don Ignacio de Ansoa, primer maestro de Irureta en Tolosa, estudió en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando de Madrid y tuvo como maestros a Sorolla, Moreno Carbonero, Romero de Torres, Cecilio Plá y Simonet, siendo sus obras más destacadas, el retrato de Alfonso XIII que se encuentra en el Ayuntamiento de Rentería (?), el retrato del escritor Salaverría, otro retrato de la pintora peruana Angélica Palma y otro de Nicolas María de Urgoiti, el cuadro "Rinconete y Cortadillo" (Exp. Nacional 1.926), etc. Las exposiciones más importantes fueron las del Kursaal donostiarra, exposición que inauguró la Reina Madre, la del Casino Mercantil de Zaragoza, la de la Casa del Libro (Espasa Calpe) en Madrid, que abrió con esta la Sala de Exposiciones, en la Nacional, etc.

Los cargos y actividades que ha desarrollado fueron: Catedrático de Dibujo, en el Instituto, Escuela de Comercio, Normal y en la Escuela de Artes y Oficios. Dos cátedras ganadas por oposición en Madrid y la crítica de arte que ejerció en la prensa y radio, eran lo que actualmente llenaban su



Vicente Cobrerós posando en su taller en 1926. (Revista "Rentería", 1926)

vida, hasta que la muerte segó su existencia, a la edad de 78 años. "Descanse en Paz".

Con todo lo anterior, poco tenemos que añadir nosotros, y no le vamos a discutir, la naturaleza de Cobrerós, que naturalmente nació en Tolosa, pero modestamente, si nos puede escuchar, pedimos, al también fallecido artista tolosano, muy tímidamente, pues, hemos hablado por los años 60 en varias ocasiones con él, con el señor Hombrados, que nos deje, que nos permita, considerarlo renteriano, como Cobrerós siempre presumió en vida de serlo. El haber nacido en Tolosa tiene su explicación en el hecho de que -como era costumbre en aquella época- su madre se desplazó a Tolosa a casa de su madre, que vivía en dicha localidad guipuzcoana, para dar a luz.



Las Magdalenas de Antaño. (Revista "Oarso", 1931).

Don Vicente, a pesar de vivir sus últimos años en Donostia, amaba a su Rentería, a sus gentes, se sentía muy renteriano, como puede apreciarse en sus colaboraciones en la revista "Oarso", la última en la del año 76, dos meses antes de su fallecimiento.

No solía asistir a las cenas literarias de los colaboradores de la revista "Oarso", pero sí acudió en el año 74, coincidiendo con otro gran pintor y profesor, también colaborador de "Oarso", con Valeriano Leceta, autor del mural de la Sala Capitular del Ayuntamiento renteriano, que estaba recién terminado y no quiso irse de Rentería sin verlo, por lo que tras la cena, ambos artistas, junto con varios de los asistentes, acudimos a la Sala Capitular, escuchando a ambos comentar sobre el mural, y, saliendo Cobrerros muy satisfecho de la obra, felicitando a Leceta por el logrado histórico de la Villa plasmado en él, así como su arte, etc...

Nosotros, le seguiremos considerando renteriano aunque haya nacido en Tolosa, lamentando el que ya no veremos por la zona de la calle de Viteri avanzar en sus frecuentes visitas a la casa familiar, con la farmacia en el bajo del edificio, con sus pasos enérgicos y la cabeza alta a don Vicente Cobrerros Uranga. Con sus largas patillas y su chalina y empuñando su impresionante bastón siempre en posición horizontal sujetado por la mano izquierda, pues no era apoyo sino atributo de su recia personalidad. Hombre de línea recta, artista y maestro.

Un hombre de bien

Vicente Cobrerros Uranga

Con su bastón alrosamente manejado, Vicente Cobrerros Uranga, recorrió durante muchos años media ciudad para trasladarse, desde su casa al final de Prim, al colegio de San Ignacio, donde abrió las puertas del arte, a generaciones y generaciones de donostiarros. También en el Sagrado Corazón y en su catedra del Instituto y en la Escuela de Comercio de la que fue secretario muchos años, enseñó a dibujar a medio mundo.

Vicente Cobrerros Uranga era un profesor de pies a cabeza. Discipulo aventajado de la Escuela de San Fernando, allí conoció a su mujer Isabel Morales Macedo y ambos crearon un hogar donde el arte era el rey. Un hogar agradable, sin rigideces absurdas, un hogar donde padres, hijos y nietos tenían la principal misión de hacer felices a todos cuantos en él vivían o nos reuníamos.

Vicente Cobrerros era del Goyerrí, de Tolosa, y como tal un vasco de pies a cabeza. Hablaba el euskera maravillosamente y mezclaba algunas expresiones de la lengua vernácula con su castellano académico y fluido. Amante de España, cuando acabó la guerra hizo su primera peregrinación a pie, para agradecer a la Virgen del Pilar, el que toda su familia hubiese salido con bien de la contienda. En aquel duro caminar, probando los ricos vinos navarros y aragoneses, Vicente Cobrerros adquirió esa filosofía de la paz, que conocen tan bien los pastores, gentes sencillas y hombres y mujeres de nuestros pueblos, en cuyas casas dormía, de quienes recibía ofrendas para la Virgen y sobre todo las lecciones de una convivencia humanísima y entrañable.

Como artista, Vicente Cobrerros fue un hombre abierto a todos y a todo.

Y es de admirar como siendo hombre tan profundamente religioso, y estando antes de la guerra en los elementos religiosos de nuestro pueblo, tan arraigado un nocivo jansenismo, él era un liberal, que abrió su comprensión a lo más inverosímil, haciendo norma de su vida el «Vive y deja vivir». Tenía un tremendo sentido del humor y resolvía con la pirueta de un chiste en el que su filosofía de «bon vivreurs» equilibraba su criterio cristiano, la situación más difícil o quizá la más censurable. Este no juzgar a nadie de Cobrerros, es para mí una de las principales si no la mejor de sus muchas cualidades.

He dicho que Cobrerros era un «bon vivreurs» y realmente puede decirse que amonizó hasta la última brizna, el cupo de goce que en su vivir le dieron de lo alto. Disfrutaba con la naturaleza, con las plantas, con el paisaje. Disfrutaba con su casa de Prim que era una terraza a la ciudad y otra terraza al río, que su mujer había convertido en dos frondosos jardines. Disfrutaba con una buena sarteneda de pimientos y con una botella de buen vino y no digamos con sus sencillas cenitas de buen vasco que compartía con su entrañable amigo el doctor Ansa. Disfrutaba sobre todo de la compañía de sus amigos, y amigos, entre los que tuve la buena suerte de contarme. Las comidas en casa de Cobrerros era un gozada completa. Siempre había allí un ambiente de fiesta. Cobrerros enseñaba a vivir a los comensales. A degustar un buen vino, a saborear una carne bien a punto, a comer los macarrones a la italiana «al dente». Se interesaba por los problemas ajenos como si fueran suyos. Comentaba los hechos diversos con un ingenio y una sobriedad del vivir no exentos del mejor humor vasco, un poquito socarrón. El regalo de sus últimos años fueron sus nietos a quienes estudiaba en sus travesuras infantiles que iban reflejando ya, la personalidad definida de cada uno.

Con su figura apuesta, su alroso bastón, su chalina de artista, el fetiche negro que le daba corrección de caballero y comodidad físico, según propia confidencia, Vicente Co-



Vicente Cobrerros Uranga. Retrato al óleo de C. Santamarina

breros, fue el hippy de los años 30 y 40. Vestía como quería, dentro siempre de la dignidad. Vivía, trabajaba, disfrutaba a su aire. Sabía muchísimo de arte. Verano con toda su familia durante años y años en Venecia. Conocía cada uno de sus puentes y de los rincones que había recorrido a pie (lo que doy fe que es más delirioso que hacerlo por los canales en góndola o en el vaporetto) pero su saber se llenaba de indulgencia con sus famosas críticas, sin dejar por eso de cumplir su deber de señalar defectos o descaceradas tendencias, indicando con el gran respeto que tenía a la personalidad ajena, el camino mejor, aconsejando el estudio y el trabajo del dibujo, que tanto se descuidaba.

A los 70 años Cobrerros peregrinó a pie hasta Santiago de Compostela, sin auto-stop alguno, como en su viaje a Zaragoza, charlando y cobijándose en las casas de las gentes sencillas que conocía por el camino. Ya lo sabía todo sobre las ampollas de los pies, sobre el calzado mejor, sobre la dimensión de las etapas. Y su paladar se había refinado, si cabe, para degustar todos los vinos de diferentes grados y matices. Cristiano o machamarrillo, al besar al Apóstol, tal vez advinó su postrer visita y su no tan lejano encuentro en la gloria. Confesó a Cristo, le acompañó noches y noches, hablando con él de arte, de política y tal vez de las excelentes «cassualtats». Ya no le veremos pasar más con su oirosa cachabes. Quizá desde el cielo le esgrima, amenzándolo por este artículo en el que no dije lo mejor. Cobrerros era un novelista estupendo. Un novelista del País Vasco. Gran lector de Simenon escribía deliciosas novelas policíacas que tenían por escenario la Parte Vieja donostiarra o cualquier rincón donostiarra. Se firmaba Marcos de Archipi y son una delicia de descripción de sociedades, de barrios rebosantes de ricas banderillas, de turistas ingleses y franceses, de mujeres de la plaza y hombres vascos. Un retrato acabado de nuestro Gulpúzcas que él amó. Desde estas líneas pido a cualquiera de las dos Casas de Ahorros, que editen estos libros maravillosos, de un artista desaparecido, que lo fue también de la pluma. Yo lo intenté sin éxito. Este sería el mejor homenaje de la provincia y de San Sebastián a un hijo excepcional. Recoger en un tomo las novelas policíacas de Marcos de Archipi y en otro las críticas de arte de Vicente Cobrerros Uranga.

PILAR DE CUADRA

No sólo manejaba los pinceles, sino también hacía acertadas críticas de arte y escribía novelas policíacas con el nombre de Marcos de Archipi, por afición, y que no han sido publicadas.

Para finalizar, lanzamos la siguiente observación: Sería ocasión el próximo mayo de 1998 en el Centenario de su nacimiento, que Rentería, le dedicara un homenaje y pusiera su nombre a alguna calle o plaza, pues el tolosano Hombrados Oñativia la tiene en el barrio de las Agustinas, y para nosotros, Cobrerros Uranga es todo un orgullo recordarle y considerarle renteriano. ♦